

# Editorial

A cuatrocientos años del deceso de Miguel de Cervantes, de William Shakespeare y trecientos del de Gottfried Leibniz todos exponentes del humanismo, las letras y el pensamiento barroco, se vuelve a proponer en distintos países del planeta la reducción y, en algunos casos, la eliminación de las humanidades como campo de investigación y como parte del currículum secundario y universitario.

La nueva ola de gobiernos de tendencia neoliberal que sustituyen y en algunos casos, vienen a “normalizar” y “ordenar” la herencia populista recibida con sus fracasos concomitantes, reiteran sus viejos programas de ajuste y desarrollo. Estos nuevos gobernantes que se parecen en todos lados, vuelven a repetir con sus matices locales y epocales, los tópicos y discursos tan chatos como faltos de imaginación política, evidenciando que desde ese punto de vista no se diferencian de sus antecesores, aunque su máscara pareciera mostrar lo contrario.

El argumento es el mismo de siempre: la productividad y las nuevas demandas del mercado. En el presente se sustenta la condena de las humanidades en nombre de la necesidad de ponderar a las ciencias aplicadas, que además de ser útiles socialmente son más fáciles de administrar y evaluar con indicadores directamente relacionados con el rendimiento económico y de innovación.

En algunos países como por ejemplo México, la eliminación de las humanidades se realiza desde la base, es decir, a partir de la enseñanza media superior o preparatoria (los dos últimos años de la secundaria), con la finalidad de adaptar y adoptar el currículum educativo de los jóvenes de la era planetaria a las pautas de la OMC. Con ello la ciencia corre el peligro de reducirse a tecnología, aunque no queda claro si para estos señores todavía existe alguna diferencia entre ciencia aplicada y tecnología, cuestión que no es menor, pero que requiere otra discusión que aquí no podemos desarrollar.

Las viejas humanidades y gran parte de las ciencias sociales se reemplazan por algunos aspectos relacionados con el campo de la comunicación (como si ello no requiriera del buen uso y de la buena interpretación del lenguaje, por cierto tan mal enseñado desde los inicios del trayecto educativo) y con distintos aspectos vinculados con “empoderamiento” de los jóvenes, con la finalidad que no se queden sin trabajo, aunque luego se confiesa que de ello en el futuro se sabe muy poco, dada la creciente incertidumbre sobre el empleo, debido al impacto de la innovación tecnológica incremental.

A fines del año pasado el ministro japonés de educación Hakubun Shimomura perteneciente al partido liberal democrático nipón, declaró sobre la necesidad de que las universidades del Japón se concentren en la áreas de investigación y formación “que satisfagan mejor las necesidades de la sociedad” y envió a ochenta universidades de ese país las instrucciones correspondientes para poner en marcha la supresión de las carreras de humanidades, con la finalidad de reemplazarlas por carreras técnicas. Tras la medida, un total de 26 facultades comenzaron a reducir o directamente eliminar las asignaturas correspondientes al campo de las humanidades y ciencias sociales. Las universidades de Tokio y Kioto anunciaron su desacuerdo y resistencia a la medida, señalando que el plan presupone una visión y evaluación de la enseñanza académica en términos estrictamente utilitarios.

En realidad más allá del fastidio que produce la reiteración de estas políticas, hay que decir que la situación de las humanidades ha sido siempre inestable, casi clandestina y sujeta a desprecios, críticas y prejuicios tanto académicos como sociales. A veces, la confusión existente y el embrollo que se observa en la demarcación de las humanidades con respecto a las ciencias humanas y sociales permite que las primeras pasen desapercibidas y puedan sobrevivir, gracias a la ignorancia y el desconcierto epistemológico que reina en las academias.

El campo de las humanidades desde la antigua Grecia se desarrolló en correlación con la educación ciudadana (con las severas restricciones de clase y género de la época) a tal punto, que los primeros humanistas fueron los sofistas, quienes gracias a la mala prensa de Platón y la versión oficial de la historia de la filosofía (neokantiana) con su estigma, colaboraron sin quererlo, con el desprestigio de las humanidades. Pero, a lo largo de la historia de occidente este campo reverdece con el impulso de las ciudades independientes que quieren experimentar la democracia republicana. En estos contextos, las humanidades con su proyecto de “Vita Activa” (Dante), se sitúan entre la vida contemplativa y a-política y la vida artística y técnica, aunque en muchos casos, los encarnizados enemigos de los humanistas eran los filósofos y no los técnicos y cultores del ingenio, con quienes los humanistas no acusaban problemas, salvo señalarles la necesidad de complementar la vida técnica y productiva con la dimensión aportada por las humanidades en la vida política pública y privada.

Los humanistas no se dedican solamente a la lectura, cuidado y traducción de los libros llamados “clásicos” por referirse a autores de Grecia antigua y Roma, sino por sobre todas las cosas, al problema de la compleja relación entre el pensamiento, el lenguaje y la realidad, conocer esa complejidad para los humanistas significaba conocer la complejidad humana, tal

como se expresa en el amor, la amistad, el conflicto y la política. La tarea principal de los humanistas para Giambattista Vico y Michel de Montaigne era la enseñanza de la humana condición es decir, la forma en que la humanidad se inventa a sí misma de la manera más asombrosa y diversa, como muy bien lo mostraron Cervantes y Shakespeare en su medio y para todas las épocas.

Por todo ello se comprende pero no se consiente que en Argentina el Ministro de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva Dr. Lino Barañao, al enfatizar la necesidad de fortalecer el campo de las ciencias aplicadas, informe que sólo allí recaerá el apoyo financiero por estar directamente relacionado con la capacidad productiva y la inversión, demostrando que esta política pública es más de lo mismo en el contexto de los argumentos productivistas de turno en la región. Pero según informa un investigador del CONICET, esta decisión del ministro estaría basada en sus frustradas lecturas del pensador Jacques Derrida. Al parecer, éste se habría desalentado con la lectura de los intrincados textos del pensador argelino, para más tarde caer en un profundo desconcierto, que lo llevó a la decepción y el desprecio, al no poder encontrar en su discurso “tesis bien definidas que pudieran ser refutadas mediante procedimientos públicamente accesibles”, que por cierto no detalló.

En realidad lo que demuestra sin querer el ministro, es que como producto de su formación en el campo de la química, en donde obtuvo su doctorado, lamentablemente, carece de formación en letras, gramática y retórica (todas disciplinas de las humanidades) que le permitirían salir airoso de tan intrincada lectura. Por lo tanto, sin desmerecer la importancia de la economía y la vida productiva, vitales para el desarrollo de cualquier sociedad y de la especificidad de los campos científicos, el ministro es víctima de la incompleta formación como ciudadano, por parte de un sistema educativo fragmentado y segregador de las humanidades, con las consecuencias políticas a la vista.

En fin, si se parte de la idea que las cuestiones de formación política, derecho, justicia, género, subjetividad, historia, experiencia, cultura, lenguaje, pensamiento y estética son improductivas, entonces no nos encontramos frente a una cuestión menor relacionada con discusiones sobre distribución de presupuestos para el desarrollo, sino que nos hallamos frente a ciegas manifestaciones de autoritarismo y deprecio por la vida política y democrática. Ciertamente, aún las actividades económicas, requieren para su desarrollo pleno, paz, educación, libertad y comprensión de la complejidad humana.

*El Director*